

VIVACS SOBRE LA ARISTA DEL MUNDO

Antxon Iturriza



Foto Emilio Hernando

La «pluma», o sea, dicho en otras palabras, el «bufido del Everest». Porque bajo esta hermosa apariencia se presenta el efecto del viento huracanado barriendo la nieve de la cumbre y arrojándola por la vertiente Este. Es impresionante el tener que quedarse a dormir, sin protección, allá arriba.

Eran las siete de la tarde de un 14 de Mayo ya histórico para el montañismo vasco. En el Campo Base del glaciar de Khumbu había ambiente de gran fiesta: polacos, catalanes y sherpas compartían con los montañeros vascos la alegría del logro de la cima del Everest, cuando el radioteléfono hacía llegar hasta ellos la voz de Martín Zabaleta: «Estamos a 8.700 metros, bajo la cima Sur. No tenemos oxígeno, comida ni bebida. Vamos a vivaquear». Entre la consternación de todos, Rosen toma el micrófono y grita angustia-

do una y otra vez: «Por favor, Martín, no duermas. Por favor, no duermas».

Así empezaba la noche más larga y tensa de las pasadas por la expedición vasca en las laderas del gigante del Himalaya, en cuya dilatada crónica de éxitos y fracasos, tragedias y alegrías, Martín Zabaleta y Pasang Temba iban a repetir el dramático cara o cruz de un vivac sobre la arista más alta del mundo.

EL PRECIO DE LA GRAN TRAVESIA

Diez años habían pasado desde la pri-

mera ascensión al Everest y los hombres intentaban buscar nuevas rutas hacia la cumbre. El 20 de Febrero de 1963 una potente expedición americana compuesta por 20 escaladores y 32 sherpas, partía de Kathmandú bajo la dirección del veterano Norman Dyhrenfurth. El primero de Mayo una cordada conseguía la cumbre por la ruta habitual. Eran los primeros americanos que pisaban la cima de las cimas, pero todavía quedaba por cubrir el objetivo más ambicioso de la expedición: abrir una ruta a lo largo de la cres-

LOS CAPRICHOS DEL HI



Gigantes y Cabezudos



Teatro de marionetas

ta Oeste.

Después de un gran esfuerzo, la montaña queda cubierta, tanto en la ruta del Collado Sur como por la cresta Oeste, de campamentos debidamente aprovisionados. Todo está preparado para el intento decisivo. El 22 de Mayo, con las primeras luces del amanecer, Unsoeld y Hornbein salen de 8.300 metros para cubrir los tramos finales de la inédita cresta Oeste. Paralelamente, otra cordada formada por Jerstad y Bishop había partido de altitud similar hacia la cumbre por la ruta del Collado Sur. Cuando estos últimos llegan a la cima a las 15,30, no encuentran señales de los compañeros que abren la nueva ruta. Suponen que algún percance les ha impedido coronar la cumbre y comienzan a descender, pero a eso de las 20 horas advierten un destello sobre la cima. No cabía duda que eran Unsoeld y Hornbein que habían logrado rematar la primera ascensión de la cresta Oeste del Everest.

Son ya las diez de la noche cuando embos grupos se reúnen cerca de la Cima Sur e inician un dramático caminar en medio de la oscuridad. Los cuatro están al límite de sus fuerzas y hace rato que han acabado sus reservas de oxígeno. Después de un accidentado descenso, al filo de la medianoche se detienen y acurrucados unos contra otros inician la interminable espera a las luces del alba. Están a 8.600 metros. Nunca hasta entonces nadie había vivaqueado a cotas tan elevadas.

Dos días más tarde volvían de nuevo al Campo Base por la pared del Lhotse. Habían realizado la primera ascensión de

la cresta Oeste y, asimismo, la primera travesía que se realizaba en las laderas del Everest, pero el precio había sido elevado: si bien Hornbein y Jerstad se recuperaban de sus congelaciones, Unsoeld y Bishop perdían todos los dedos de sus pies.

PRISIONEROS DE LA NOCHE

Si ambiciosos fueron los planteamientos en el 63, no lo eran menos los de la expedición japonesa que en otoño de 1973 acampa en el glaciar de Khumbu. Cuarenta y ocho alpinistas integran el grupo, siguiendo la tónica de grandes despliegues humanos y materiales clásicos en el montañismo nipón de aquel momento. Su objetivo principal es la perseguida Cara Suroeste, que ya había rechazado los intentos de cinco expediciones. Sin embargo, a pesar de las experiencias acumuladas en ellas, una vez más las dificultades de la Franja Rocosa, verdadera clave de la ascensión, frenan sus intentos a 8.200 metros.

Ante este desenlace negativo, la expedición dirige sus esfuerzos hacia la ruta del Collado Sur para asegurarse la cumbre. Como resultado de este trabajo, el 26 de Octubre, Hisashi Ishiguro y Yasuo Kato logran la primera ascensión al Everest en el período postmonzónico. Pero una vez más la arista más alta del mundo iba a poner de relieve sus, muchas veces minimizados, riesgos, que pueden convertirse a esa altitud en una trampa mortal. Su dureza y longitud se alzan como barreras frente a las fuerzas exhaustas de los alpinistas haciendo el regreso más peno-

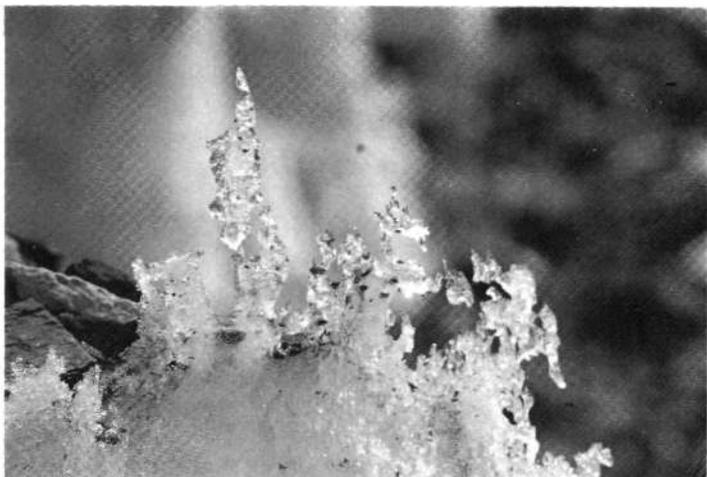
so que la propia ascensión. Este era el caso de los dos alpinistas japoneses que ven cómo la luz del día va desapareciendo poco a poco por el horizonte. Los perfiles de la montaña se van difuminando en la oscuridad y comienza la noche más larga de sus vidas. Del precario vivac a 8.300 metros, ambos componentes de la cordada sobrevivirán, pero las graves congelaciones serán una vez más el tributo a pagar por haber sido durante una noche los hombres más altos de la Tierra.

LA VOLUNTAD DE VIVIR

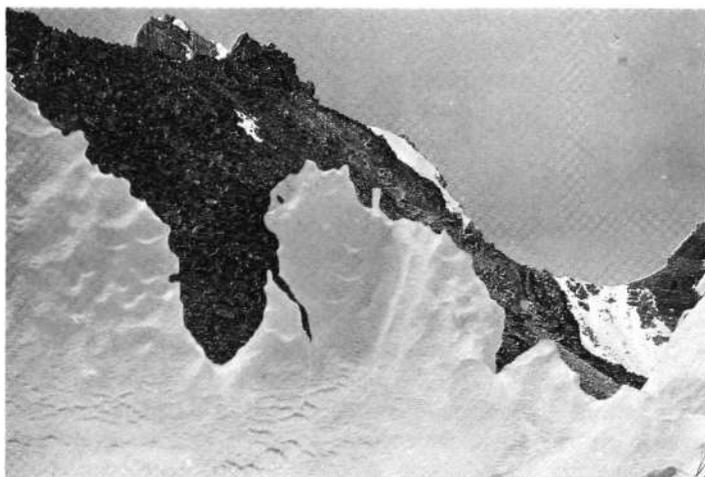
Lo que anteriores intentos no habían logrado iba a conseguirlo en 1975 una expedición británica dirigida por Chris Bonington. La cara Suroeste, el más alto desafío del Everest en el que este mismo grupo había fracasado tres años antes, iba a abrir por fin las claves de su Franja Rocosa ante la eficacia y medido planteamiento del equipo británico.

El 24 de Septiembre, a las 13,30 horas, Dougal Haston y Doug Scott ponían pie en la cima Sur, tras haber superado una de las empresas ampinistas más ambiciosas llevadas a cabo en las laderas del Chomolungma. La nieve blanda hacía muy duro el avance hacia la cumbre principal y optan por permanecer en su tienda vivac hasta que el frío del atardecer consolide la arista. Cuando esto sucede se deciden a coronar el éxito de su escalada poniendo pie en el punto culminante de la Tierra, al que llegan con las últimas luces del día. La más completa oscuridad les envuelve antes de regresar a la Cima Sur, descartando toda posibilidad de

ELO EN EL CAMPO BASE



El baile de los dragones



Katotxua

iniciar el descenso. No hay más que una alternativa: vivaquear. Excavan en la nieve una cueva y se introducen en ella. Estaban a 8.650 metros e iban a enfrentarse al vivac más alto de la historia del alpinismo. No tenían oxígeno, pero el hornillo constituiría hasta medianoche un confortante oasis de calor en un ambiente de 30° bajo cero. «Debíamos mantenernos despiertos —escribiría después Scott— y concentrarnos en la supervivencia. Hacía tanto frío que cuando dejé un calcetín encima de mi mochila se quedó tan tieso como si fuera de madera». Con los primeros brillos del amanecer los dos hombres se ponían de nuevo en movimiento. Sus miembros estaban entumecidos, pero no congelados. «La terrible voluntad que teníamos por pasar la noche hizo que todos nuestros instintos de supervivencia se pusieran de manifiesto. Gracias a su fuerza conseguimos superar con éxito aquella noche», comentaría Haston, dando la clave de la superación de la dura prueba. Hacia las nueve de la mañana, treinta horas después de su partida, regresaban al Campo VI a 8.200 metros.

UNA ASCENSION SIN REGRESO

Sin embargo, en esta historia de dramáticas supervivencias, la tragedia iba a consumarse en 1979 cuando en el periodo post-monzónico una expedición conseguía el hecho sin precedentes de colocar a todos sus miembros en la cumbre.

En la última cordada de ataque figuran el guía de Alaska Ray Genet y la mujer del jefe de la expedición, Hannelore Schmatz que, con su llegada a la cumbre,

se convertía en la cuarta mujer que pisaba su cumbre. Lo que Hannelore no podía suponer en el momento feliz de sentirse sobre la cúspide del mundo era que también iba a ser la primera fémina que moriría en sus laderas.

Previamente su ascensión había sido origen de duras controversias entre el Dr. Gerard Schmatz, jefe de la expedición, y el sirdar Pertemba, un hombre de gran experiencia en el Everest, cuya cima había alcanzado por dos rutas diferentes. Pertemba mantenía la opinión de que ninguno de los miembros de aquella última cordada poseía la suficiente capacidad como para enfrentarse a una ascensión de la dureza del tramo final del Chomolungma. Sus criterios serían desoídos, pero el desenlace de la aventura iba a darle la razón de una forma más bien dramática y concluyente. Una vez más la historia se repite: Genet y Hannelore no pueden regresar al campamento del Collado Sur y desfallecidos de fatiga, atrapados por la noche, tienen que vivaquear a 8.300 metros. El guía de Alaska no verá ya el amanecer: la extrema altitud y el frío de la noche acaban con su resistencia. Pocas horas después Hannelore también fallece cuando los dos sherpas que apoyaban su ascensión trataban desesperadamente de descenderla al Collado Sur. Allí Gerard Schmatz esperará inútilmente durante largas horas el regreso de su mujer.

Una vez más, los dioses del Chomolungma habían hecho realidad la frase de Peter Steele: «El Everest gana siempre. Podrán lo humanos desafiarle e, incluso pisar su cumbre, pero no lo conquistarán nunca».



El obelisco



Txorria